

Diálogo entre Carmen Hertz y Patricia Verdugo

DESPUÉS DEL DESAFUERO O PINOCHET DERRIBADO

El largo camino que condujo al desafuero del General Pinochet tuvo a muchos protagonistas incansables que desde diferentes ámbitos lucharon para que en Chile se estableciera la verdad y la justicia. La abogada Carmen Hertz, viuda del asesinado periodista Carlos Berger, y la Premio Nacional de Periodismo Patricia Verdugo, autora de varios libros de investigación que contribuyeron a la búsqueda de la verdad en las violaciones de los derechos humanos forman parte de esa legión de hombres y mujeres sin miedo. ROCINANTE reproduce un diálogo entre ambas. En esta conversación aparecen los hitos de la historia de la Caravana de la muerte.

© Pamela San Martín



C: El caso se destapa –en 1985– a partir del libro del hijo de Arellano, *Más Allá del Abismo*, que provoca la reacción del coronel Eugenio Rivera primero y del general Joaquín Lagos luego. En paralelo, con el abogado Hernán Quezada estábamos en ese mismo momento redactando la querrela por el caso de Carlos Berger, mi marido. En esos días, revisando un consejo de guerra, al nombre de Arellano Stark habíamos logrado agregar el nombre de Marcelo Moren Brito como integrante de la comitiva.

P: Eso fue en octubre de 1985 y la querrela que presentaron se resolvió en diez días, aplicando la amnistía...

C: Así fue en la justicia militar de Antofagasta. Y esa fue la primera vez que volví a Calama, una experiencia muy dolorosa. Porque la verdad es que nuestras vidas cambiaron dramáticamente por estos hechos. Nuestras vidas se pulverizaron en octubre de 1973 y tuvimos que rearmarlas con pequeños fragmentos. Fui sola a interponer la querrela y recuerdo ese viaje en avión como uno de los episodios más fuertes de mi vida.

Cuando la gente empezó a hablar

P: ¿Y cuándo se reunieron las familias de las víctimas?

C: Ya el año 78 nos habíamos reunido un grupo y formamos la Agrupación de Ejecutados Políticos. La batalla ha sido realmente muy larga. Y ahí fue fundamental el papel de Hilda Rosas, la esposa de Mario Ramírez, y de la familia de Mario Silva Iriarte. Todo lo fuimos haciendo en colectivo, con las familias de las víctimas de la «caravana».

P: Y en el intertanto, al «destape» del caso en las revistas disidentes *Análisis* y *Apsi* se agregó la información en la prensa oficialista.

C: Y la gente comenzó a hablar: militares que se acercaban a darnos información, aparecieron testigos sobrevivientes. Con gran coraje el general Lagos logró, en 1987, hacer una detallada declaración judicial en el caso de Silva Iriarte. Y digo «logró» porque en ese tiempo los jueces no se atrevían y la justicia militar les quitaba las causas para aplicar amnistía e impedir toda investigación. Contamos también con el obispo Juan Luis Ysern, quien resultó fundamental en la recopilación de datos. Él convocó a una instancia para que se aclarara el caso, al cerrarse la puerta de la justicia. Y ahí quedó en evidencia Arellano, cuando se negó a ir...

P: La explosión de información –tanto en la prensa disidente como en la oficialista– provocó confusión en la opinión pública. Los argumentos de la defensa del general Arellano encontraban amplios espacios, lanzando bombas de humo en el escenario...

C: Y ahí comenzaron a llegar todo tipo de recados y presiones desde ese respaldo político que Arellano construyó a partir de su tesis de que era inocente y de que la culpa era de la DINA.

P: Un respaldo político potente, tanto porque su hijo era un destacado militante del PDC como porque el mismo general Arellano fue edecán del Presidente Frei y dirigió el complot golpista...

C: Hubo muchas presiones y mucha confusión. Y ahí comenzaste a hacer la investigación periodística...

El juez Guzmán

P: Carmen, ¿qué significa el

primero que se le atribuye el

P: No podía evitarlo. Me aparecías en todas las esquinas de la ciudad recordándome que te debía un libro. No tuve escapatoria. Además, yo tenía otros acicates para hacerlo. Trabajaba en la revista disidente Hoy, que se autocensuró en el tema porque su director había hecho el prólogo del libro *Más Allá del Abismo*. Un episodio que finalmente, por razones éticas, me obligó a renunciar a la revista...

C: Recuerdo eso. Tuve que enviar una larga carta a la revista y el director Filippi aceptó publicarla, pese a mi crítica al papel de censura que había jugado la revista, tanto por razones políticas como por creer en la versión de Arellano. En todo caso, a esa altura pocos le creían a Arellano.

P: Eso en el mundo de la defensa activa de los derechos humanos. Afuera, eran muchos los que, de buena fe, optaban por creerle a Arellano y endosaban toda la responsabilidad a Pinochet, al general Contreras, a la DINA. Mucha gente creía que Arellano realmente había ido en misión «humanitaria» para ordenar la defensa de los prisioneros y su comitiva de asesinos, a sus espaldas, había ensangrentado la misión.

Tras las pistas en Brasil

C: Sí, había dudas acerca de su real papel. Y ahí es donde tu libro *Los Zarpazos del Puma* pone las cosas en su lugar. La rigurosidad de tu investigación y el impacto social del libro fueron decisivos. Acuérdate que uno salía de las bocas del metro y se encontraba con centenares de vendedores que voceaban el libro en las calles. ¡Era impresionante!

P: Trabajamos duro para avanzar paso a paso. Hasta fuiste a Brasil tras la pista del coronel Arredondo...

C: Costó mucho porque el poder de la dictadura bloqueaba todo. Cuando los abogados de derechos humanos de Sao Paulo descubren que Arredondo era el representante de Codelco, me invitaron a ir. Partí con el respaldo de la Vicaría. Y con rapidez logramos el apoyo de los colegios de Periodistas y Abogados, sumándose a los movimientos de derechos humanos. Porque no era fácil moverse en Brasil. Estaba Figueiredo como Presidente, ex director de la CNI local, y muy amigo de Arredondo. El hecho es que dimos una conferencia de prensa conjunta, dando todos los antecedentes. Una conferencia con embargo, ya que nada se podía decir por varias horas, hasta que yo pudiera regresar a Chile ese mismo día.

P: Y cuando avisaste que ya estabas en casa, la prensa brasileña se puso en movimiento.

C: Así fue. Llegaron en masa a la oficina de Arredondo y lo encararon. El caso fue portada de los principales diarios de Brasil al día siguiente. Aquí rebotó en noticia de apenas tres líneas. De ahí en adelante, todos los días, grupos de derechos humanos se instalaron frente a la oficina de Codelco con pancartas que decían «Aquí trabaja un asesino». Finalmente no expulsaron a Arredondo de Brasil –por su amistad con Figueiredo– pero tuvo que volver a Chile.

P: Y luego viene la historia del caballo...

C: Otra demostración de lo bien que funciona la red internacional de derechos humanos. Amnistía Internacional nos avisó que Arredondo era el jefe de la delegación ecuestre a los Juegos Panamericanos en Indianápolis. Tenían lista la querrela por crímenes de lesa humanidad. Iba yo a partir a Estados Unidos, cuando me avisaron que Arredondo habría sido alertado por el FBI y logró salir de Indianápolis y se fue al Estado vecino, bajo el nombre de Sergio González. Al no poder notificarlo por la querrela criminal, lo notificaron –en ausencia– por una demanda civil y decretaron el embargo de su caballo. Y esa noticia rebota acá con escándalo. Hasta en la primera página de *El Mercurio* aparece la foto del caballo, por supuesto, ya que era lo único que les interesaba...

P: Y el año 1991, el general Arellano interpuso la querrela por injurias en mi contra.

C: Y partió por pedir que el libro fuera requisado. ¡Eso fue increíble! Quería sacarlo de la editorial, de las librerías, de las bibliotecas públicas y privadas. ¡Quería borrar todo rastro del libro! Como si pudiera sacarlo de la memoria de los cientos de miles de chilenos que ya lo habían leído.

P: El juez Mario Carroza no aceptó requisar el libro, pero sí aceptó que el proceso en mi contra fuera secreto y prohibió informar. Así que tuve que defenderme bajo censura, hasta que el año 93 gané hasta en la Corte Suprema.

C: Ese juez quiso avanzar en la investigación, por lo que recuerdo.

P: Le dijimos que tomara al pie de la letra lo que decía Arellano: «soy inocente, quiero que se establezca la verdad y, por lo delicado del caso, pido prohibición de informar». Le pedimos al juez que interrogara a todos los miembros de la «caravana de la muerte» y ¡el juez aceptó! Yo no podía creer que fuera cierto, que al fin

podríamos tener a Espinoza, Arredondo y Moren Brito en el tribunal. Pero la defensa del general Arellano impidió las diligencias, aduciendo que ofendían el honor del general. El caso entonces pasó a la Corte de Apelaciones y de ahí a la Suprema. Así, en el año 93 creí que las instancias judiciales se cerraban para siempre en este caso...

La verdad histórica

C: Yo sentí también que el caso estaba cerrado y que *Los Zarpazos del Puma* se constituía en nuestro máximo logro. Ahí quedaba la verdad histórica. El libro era el tope al que podíamos aspirar en términos de verdad. Por ese tiempo se hacían también muchas excavaciones, hasta que las mujeres de Calama lograron dar con la fosa clandestina donde quedaban unos pocos restos, ya que habían sido removidos antes. Fue posible identificar a trece de las veintiséis víctimas y se hizo un gran entierro simbólico en Calama.

P: Y ahí fuiste de nuevo a Calama.

C: Fue una experiencia muy impactante. Tengo con Calama sólo una relación de dolor y destrucción. Nunca quise irme a Chuquicamata. Lo hice sólo dos semanas antes del golpe militar, para apoyar a Carlos en su decisión. Por lo tanto, las dos veces que tuve que ir a desentierros en Calama fueron situaciones extremadamente dolorosas, con una carga de angustia inenarrable. Tengo las imágenes del desierto, de esa desolación tremenda, mientras las palas cavaban en la fosa, encontrando mandíbulas, trozos de cráneos. Desolación, esa la palabra que mejor lo describe...

P: Una desolación que sólo mitigaba la solidaridad de la gente de Calama.

C: Fuimos, con el pueblo de Calama, caminando desde el cementerio hasta la fosa, kilómetros y kilómetros a través del desierto. Igual siempre sentí que Carlos estaba muy solo allá y, después, cuando pusieron el monolito, sentí algo de compañía para él. Pero igual es tan desolador. En ese paisaje, en ese silencio tremendo y abrumador del desierto, el crimen se corporiza. Uno lo siente al lado, uno siente el escalofrío del roce de la muerte, de la tortura, de la pérdida irreparable.

P: Y si desde el 93 sentimos que ya nada podíamos hacer, ¿qué te pasó cuando el juez Guzmán comenzó a investigar en el primer semestre del 98?

C: Hay que aclarar que pudo ser posible porque Pinochet ya no era

comandante en jefe del Ejército. Antes, toda querrela significaba ir a la justicia militar y toparse contra un muro infranqueable, sin avanzar un centímetro. Hugo Gutiérrez presentó la primera querrela por el caso de Antofagasta, concretamente el caso de Mario Silva Iriarte...

P: Y ahí el caso de la «caravana de la muerte» se perfiló como el más potente para demostrar la directa autoría de Pinochet. Pero igual, en ese entonces, no apostamos un peso a ese proceso judicial, porque el senador vitalicio era demasiado poderoso aún...

C: Demasiado poderoso. Recuerdo cuando *Los Zarpazos del Puma* se incorporó al proceso, ocupando casi todo el segundo tomo, y el libro pasó a ser la base de datos del ministro Guzmán. Pero la verdad es que no teníamos esperanzas.

P: El juez me citó a declarar y me recibió con el libro en la mano, enteramente marcado con lápiz y con papeles autoadhesivos amarillos. Trabajamos juntos varias horas, pero debo reconocer que salí de la Corte sintiendo que había vivido un episodio surrealista. Me parecía increíble que un juez actuara como si realmente pudiera juzgar al senador vitalicio, el hombre más poderoso de Chile.

Pinochet inmortal

C: Hasta que el arresto en Londres, en octubre de 1998, horada de manera certera y profunda el blindaje político y jurídico que Pinochet había tejido a su alrededor para garantizarse la impunidad de por vida.

P: Era un Pinochet tan poderoso que hasta se le calificó de inmortal. ¿Recuerdas cuando se rumoreó que había muerto en la operación en la London Clinic? Se desmintió la noticia y un diario tituló al otro día «Pinochet inmortal»...

C: ¡Imagínate, inmortal! El hecho es que, con el arresto de Pinochet, se acelera la transición, porque se pone en jaque a esta precaria democracia con tutela militar en la cual Pinochet es el gran operador político. Porque hay que recordar que, poco antes del viaje a Europa, Pinochet estaba en gloria y majestad, abrazándose con el senador Zaldívar, concediéndonos la derogación del feriado del 11 de septiembre. Ahí están las fotos en todas las portadas de los diarios, con Pinochet en la testera del Senado, ya prácticamente candidateándose para ser el próximo presidente del Senado. Y sin que nadie le saliera al paso, porque la acusación constitucional que presentó, en enero del 98, un grupo de

audaces parlamentarios concertacionistas, fue brutalmente boicoteada desde La Moneda.

P: El arresto de Pinochet abrió paso a varios fenómenos, al ir despejando las nieblas del miedo que paralizaban a la sociedad chilena.

C: Y fue posible como culminación del trabajo del movimiento de derechos humanos en Chile y en el mundo.

P: Sin ese trabajo no habría habido proceso en España, desde 1996, encabezado por Joan Garcés, Manuel Murillo, Víctor Pey y la Unión de Fiscales Progresistas de España. No habría habido datos sobre la Operación Cóndor, lo que permite intervenir al juez Garzón. Y no habría habido proceso en Chile.

C: Ahí están, dando sus frutos, todos los antecedentes que, sistemáticamente, con mucha perseverancia, día a día, mes a mes, amparo tras amparo, denuncia tras denuncia, testimonio tras testimonio, fueron registrándose. Todo eso fue configurando el cuadro de los métodos de eliminación de la dictadura. Todo eso quedó comprobado por la comisión de derechos humanos de la ONU, es decir, por los mismos mecanismos que la comunidad internacional estableció para vigilar el proceso de la dictadura militar chilena.

P: Y junto con dar gracias a la ONU, también debemos agradecer al cardenal Raúl Silva Henríquez...

C: Sin duda fueron claves organismos como el Comité pro Paz primero y la Vicaría de la Solidaridad después. Sin el apoyo de la jerarquía de la Iglesia Católica, en esos años, no habríamos podido conformar el movimiento de derechos humanos que tuvimos. El cardenal nos protegió y así el proyecto de derechos humanos de Chile fue el más riguroso y consistente de América Latina.

P: Cuando, en enero pasado, el general Arellano fue careado con los oficiales de la comitiva y quedó al descubierto, ¿qué pasó contigo al leer las declaraciones?

C: Por un lado, fue la constatación de lo que ya sabíamos. Pero tengo que reconocer que no deja de impactar el nivel de la construcción mentirosa del general Arellano. Ya sabemos que el objetivo de la misión era aterrorizar a la población y eliminar dirigentes políticos y sociales. Sabemos también que otro objetivo fue intervenir el mando institucional, alinear al Ejército y a las Fuerzas Armadas en torno a la política «dura». Pero —y eso es tarea de los analistas políticos— algún objetivo parece haber habido en torno a la

disputa por el poder entre Pinochet y Arellano.

La batalla de Santiago

P: Hasta ahora hemos logrado establecer las acciones criminales desde La Serena al norte y el caso de Cauquenes en el sur, pero todo indica que hay muchos otros crímenes en el sur. La investigación, en ese sentido, está comenzando. Y queda por establecer todo lo que Arellano hizo en el centro del país, porque la misión parece haber comenzado pocos días después del golpe, cuando termina la llamada «batalla de Santiago» que dirigió el propio Arellano...

C: Y ahí nos encontramos con un dato que desconocíamos: Arellano dirige la Agrupación de Combate Santiago-Centro, que fue reforzada por unidades militares de provincias. El coronel Arredondo fue el jefe de Estado Mayor de esa agrupación de combate. Y ya está judicialmente establecido que fue el propio Arellano quien eligió, uno por uno, a los miembros de su comitiva...

P: Con lo que cayó uno de los soportes básicos de su defensa, cuando sostenía que los miembros de la comitiva le habían sido impuestos por otra autoridad militar. Y se deslizaba, entonces, la posibilidad de que el general Contreras y la naciente DINA le habían hecho esta «mala jugada»...

C: Y el segundo soporte era que estos oficiales impuestos en su comitiva eran conocidos como sicópatas y crueles desde antes del golpe. Arellano tuvo que desdecirse ante el juez, retiró todos los calificativos contra Arredondo y Moren Brito. Y el único sicópata terminó siendo el entonces teniente Armando Fernández Larios, el «desertor» que está en Estados Unidos.

P: Varias declaraciones indican que la comitiva estaba integrada por entre diez y catorce militares. Faltan varios por identificar.

C: Hay mucho por investigar aún. Pero de lo ya establecido, me impresiona el momento en que se devela el estrecho vínculo entre el general Arellano y el coronel Arredondo. Algo sabíamos de eso, ya que habían trabajado en Fanaloza juntos...

P: Pero en el proceso, la defensa de Arellano recurre incluso al general Javier Palacios para ratificar que Arellano nada tuvo que ver con el empleo de Arredondo en Fanaloza...

C: Hasta que el coronel Arredondo, en el careo, saca la carta que guardó por tantos años. Una carta fechada en 1977, donde Arellano

reconoce fervorosamente las cualidades de patriota de su amigo Arredondo, lamentando profundamente que no sea ascendido a general. ¡Esa carta lo dice todo! Es la carta que envía, cuatro años después de las masacres, al oficial que le fue impuesto en la comitiva, al oficial traidor que le ensangrentó su inmaculada carrera militar.

P: Y Arredondo guardó la carta, hasta con el sobre, por tantos años. Una carta manuscrita que Arellano no tuvo más camino que reconocer como auténtica ante el juez.

C: Creo que guardan documentos, con mucho cuidado, estas personas que participan en asociaciones criminales donde el riesgo de la traición está a la vuelta de la esquina.

El juez Guzmán

P: Carmen, ¿qué significa el proceso que ha conducido el juez Guzmán?

C: Nos ha permitido establecer judicialmente la verdad de lo ocurrido. Porque la verdad establecida con *Los zarpazos del Puma* fue, sin duda, extraordinaria y reparadora. Pero la verdad establecida en los tribunales de justicia repara no sólo a las víctimas y sus familias, sino que repara a la sociedad entera. Porque el dilema central del país, punto clave de la agenda nacional, es el tema justicia versus impunidad. ¿Por qué camino vamos a transitar? Dependiendo del camino que escojamos, surgirá la sociedad que construyamos para nuestros hijos. Y hablo de los hijos nuestros y de los hijos de los criminales también.

P: Buena señal es, en todo caso, que el acto fundacional de la cruenta dictadura sea el que derribe realmente al dictador...

C: Los círculos se cierran, es verdad.

P: E impresiona que el acto culminante del terror, hacer desaparecer los cuerpos, se vuelva contra él mismo como un boomerang, derribando su propia ley de amnistía al calificarse los desaparecimientos como secuestros.

C: Sí, él creyó que al eliminar los cadáveres obtenía el exterminio perfecto. Incluso el actual senador Sergio Diez, como embajador de Pinochet ante la ONU, llegó a sostener que los desaparecidos no tenían existencia legal en Chile, eran personas que habíamos inventado. Finalmente, el extremo de la perversión del método construyó el resquicio por el cual las víctimas pueden seguir clamando justicia.